



MARIO JAVIER SABAN

El judaísmo de Jesús

**Traducción de Ángel Crespo,
Saban, Buenos Aires, 2008, 640 pp.
ISBN 978-987-23603-4-4**

La característica principal de una reseña —más allá de su éxito como fruto de la cualidad creativa que se le supone a todo aquel que escribe— es la de ser respuesta a la lectura de la obra reseñada. En este sentido, a la hora de iniciar estas líneas conviene resaltar que hay, al menos, tres niveles de lectura de *El judaísmo de Jesús*.

El primero puede ser valorado por cualquier lector mínimamente serio y es el que afecta a todo texto en cuanto a sus condiciones de inteligibilidad y a su estilo. En este sentido, *El judaísmo de Jesús* es una obra accesible en sus términos y con la ventaja de ser meridianamente clara en la presentación de la tesis principal de su autor, como puede verse ya desde el título. Sin embargo, el texto adolece de una extensión desmesurada, hija de la repetición de los mismos argumentos en muchos pasajes y de unos comentarios del autor en exceso prolijos sobre cada nueva razón que va exponiendo a favor de su tesis. De ahí que la intención pedagógica del autor pueda derivar en cierta sensación de insistencia por parte del lector.

El segundo nivel de lectura encuadra este libro en el marco especializado de la investigación sobre el Jesús histórico. Juzgar sus méritos y sus defectos de forma exhaustiva es algo que escapa a la capacidad de aquellos que, como yo mismo, no somos expertos en la materia.

No obstante, la recepción que de la obra han hecho algunos especialistas del ramo es notablemente positiva, como es el caso del profesor Antonio Piñero (catedrático de Filología Neotestamentaria en la Universidad Complutense de Madrid), o del conocido estudioso de la biblia Xavier Pikaza. Ambos autores resaltan la importancia de *El judaísmo de Jesús* como base para el diálogo interreligioso y valoran la atención prestada a la figura de Jesús desde el pensamiento judío, algo poco explorado por el momento.

El tercer y último nivel de lectura afecta a la dimensión religiosa del texto. Escrito por un autor que hace profesión pública de su fe judía y que se dirige al cristianismo para mostrarle nuevas verdades en torno a su figura central, esta dimensión no es, ni mucho menos, secundaria.

Para un lector judío el libro aporta una novedad fundamental en su planteamiento, que descansa en la afirmación de que “no existe ninguna enseñanza del rabino Jesús que no se encuentre dentro de las enseñanzas bíblicas o en la tradición de otros rabinos del judaísmo”. Esto implica una reapropiación de la doctrina jesuánica para el judaísmo que, rechazando de plano las afirmaciones cristológicas con las que el cristianismo ha ido configurando su forma de ver y entender a Jesús, hacen del galileo alguien que “jamás pretendió fundar una nueva religión, sino que intentó purificar el judaísmo de aquellos que, como en todas las religiones, ven la cáscara exterior y no su contenido ético”. Para Saban esta afirmación supone el desvelamiento de “uno de los secretos mejor guardados de los últimos veinte siglos”.

En el caso de que el lector de la obra sea cristiano encontrará en ella una importante fuente de información sobre el contexto judío en el nació y creció Jesús de Nazaret, más extensa y detallada de lo que es usual en los libros escritos por autores cristianos. Una rica madeja de nombres y libros judíos aparecerán ante sus ojos como una estimulante invitación al conocimiento. Pero el lector cristiano se verá llamado también, una y otra vez, a desconfiar del “pagano-cristianismo” en que vive y buscar las raíces del verdadero judaísmo de Jesús, pues sólo en él ha de encontrar aquello que éste pretendió. Más allá del estilo hiperbólico del profesor Saban, quien llega a afirmar que su trabajo “lleva directamente a la desaparición del cristianismo como tal”. Tras la larga lectura de *El judaísmo de Jesús*, este lector gentil puede echar en falta algo sustancial: la toma en consideración de la resurrección de Jesús como hecho —real o no, ese no es el problema aquí— que da lugar a una fe que reconsidera todo lo dicho, lo hecho y lo vivido por el judío Jesús, bajo una nueva luz. Realmente es llamativa la insistente renuencia de Saban a contemplar la realidad histórica del cristianismo desde el punto de vista de una fe sincera, nacida de la resurrección de Jesús y de los diferentes acontecimientos que jalonan el tiempo que va desde ésta hasta Pentecostés, tal y como se narran en los *Hechos de los Apóstoles*. Por el contrario, Saban presenta el cristianismo, con gran intensidad, como un “producto religioso posterior a la vida del propio Jesús”, especialmente influido por el Concilio de Jerusalén del año 50 y su deriva hacia la facción pagano-cristiana de los nuevos creyentes. En mi opinión, hay un serio anacronismo en el hecho de mirar al cristianismo incipiente a la luz de la evolución posterior de la Iglesia. Un estudio histórico de la Galilea del siglo I no necesita situarse en la Plaza de San Pedro para realizar sus análisis. No es que hayan de negarse ni las atrocidades y excesos de la Iglesia ni las intenciones políticas de los primeros apóstoles —una magnífica lectura en este sentido sería *La teología política de Pablo*, de Jacob Taubes—, pero hay que dejar espacio para el fenómeno puramente religioso que acompañó al surgimiento, y acompaña su existencia hoy, de la nueva fe en Jesús como Cristo.



LIBROS



MARIO JAVIER SABÁN
El judaísmo de Jesús

Sólo desde este prisma es posible comprender cómo la propuesta ética de Jesús es, para el cristianismo, mucho más —sin dejar de mantener una conexión esencial con ella— que la Ley.

Juan Diego González Sanz